VICTORIA COLONNA







MOISÉS KANTOR

VICTORIA COLONNA

POEMA DRAMATICO EN TRES ACTOS CON UN PRÓLOGO

ROMA 1539 - 1547

EDICION DE "NOSOTROS"
BUENOS AIRES
1922



MIGUEL ANGEL

A mi compañera y esposa
Ida Bondareff de Kantor.

PRÓLOGO

PERSONAJES:

MIGUEL ANGEL
EL DISCÍPULO
URBINO
LUCIFER
LA VOZ DEL ETERNO

El estudio de Miguel Angel

ESCENA I

MIGUEL ANGEL y EL DISCÍPULO

MIGUEL ANGEL

...Continúa...

EL DISCÍPULO

(*Lee*:)

"Por mí se va a la ciudad de los lamentos,
por mí — al dolor sempiterno,
por mí se llega a la raza de los condenados...

Mi gran arquitecto fué inspirado
en la justicia, me constituyó
el divino poder, la sublime sabiduría y el amor
[primitivo

Nada se creó antes que yo,
si se exceptúa lo eterno; también soy eterno.
Los que penetráis aquí, dejad toda esperanza.

MIGUEL ANGEL

(*Repite las últimas palabras meditativo*).

"Los que penetráis aquí, dejad toda esperanza"...

EL DISCÍPULO

Maestro...

MIGUEL ANGEL

...Continúa...

EL DISCÍPULO

(*Lee*:)

"Estas palabras vi con rasgo obscuro
escritas en lo más alto de una puerta.
"Maestro", dije, su sentido es duro.

Y él replicóme, cual persona experta:
"Aquí es bien, que el temor dejes a un lado.
Y que toda flaqueza yazga muerta...

Al lugar que te dije hemos llegado
do en pena está la multitud sombría
en que la luz del día háse apagado...

(*Interrumpiendo la lectura*).

...¡Maestro!...

MIGUEL ANGEL

...Continúa...

EL DISCÍPULO

Querido Maestro... no puedo más...
Es avanzada la noche... Estoy cansado...

MIGUEL ANGEL

¡Vete a dormir!...

EL DISCÍPULO

¡Tú necesitas el descanso no menos que yo. Desde que te encargaron el Juicio Final, has perdido la tranquilidad y la paz. Día y noche estás con tu Dante...

MIGUEL ANGEL

Vete a dormir, hijo mío, ya es hora...

EL DISCÍPULO

Maestro, perdóname, debo pedirte algo de rodillas, abrazándome a tus pies, sin dejarte hasta que me concedas lo que te suplico.

MIGUEL ANGEL

Di lo que quieres...

EL DISCÍPULO

Maestro, te suplico que me permitas trabajar a tu lado en la ejecución del Juicio Final.

MIGUEL ANGEL

¡No!..

EL DISCÍPULO

Te ruego, te suplico, te beso las manos.

MIGUEL ANGEL

¡Nunca!..

EL DISCÍPULO

Díme la razón... ¿Soy tan pequeño, tan inútil? Amo el arte, querido Maestro, como sólo un artista puede amarlo... Por el arte daría mi vida, mi dicha, mi salvación eterna... por el arte vendería mi alma al diablo... Díme, pues, qué puedes reprocharme para no admitirme nunca a tu lado...

MIGUEL ANGEL

¡La verdad es amarga!

EL DISCÍPULO

¡Dímela!

MIGUEL ANGEL

¡Pintas con las manos...

EL DISCÍPULO

¿Y cómo hay que pintar?

MIGUEL ANGEL

(*Severo*).

¡Con el espíritu!

El discípulo se aleja agobiado, se acuesta en una cama en un rincón del Estudio, sin desvestirse.

MIGUEL ANGEL

(*solo*).

¡El Juicio Final — el último acto del drama humano! Dios poderoso, Dios Creador, ilumina mi razón, inspira mi alma, guía mi mano... Haz que yo penetre tus designios... Ya que me elegiste tu profeta para anunciar al mundo tu Pensamiento y tu Voluntad, enséñame el camino... El Juicio Final, me dice una voz interior, que, creo, viene de tí, es el Fin del Mundo, de este mundo, donde vence el perverso, donde goza el cruel, donde gana el injusto...

Un Mundo Nuevo, enteramente nuevo, sin corrompidos y sin malvados, sin la herencia maldita de este mundo infame, ocupará su lugar. ¡Sucumbirá el Hombre! Crearás un Ser Nuevo, un Hombre-Espíritu, resplandeciente de eterna belleza. ¡Se hundirá la tierra! Crearás otra, distinta, que será una Madre cariñosa para el Hombre, y Tú la bendecirás...

Crearás... destruyendo...

Para esculpir mis estatuas, destruyo montañas de mármol... Soy tu imagen... ¿Eres tú, como yo?

¿Para crear el Mundo Nuevo, destruirás este mundo viejo, caduco que gime en el mal?

Tus profetas han dicho:

"Vuestra risa se convertirá en lloro y vuestro gozo en pena; codiciais y no tenéis; matáis y ardéis en envidia.

Combatís y guerreais y no tenéis lo que deseais. Vuestras riquezas están podridas. Habéis condenado y muerto al justo. Llorad aullando por vuestras miserias que os vendrán. Aflijíos y lamentad y llorad".

Dios-Creador, Dios-poderoso, me apoyo en tí. Quiero ser tu servidor, un modesto obrero en tu nueva creación. La vieja se llenó de podredumbre, de vicio, de peste y de mal. La tierra de Caín está empapada en sangre de seres humanos. El hombre se ha vuelto bestia feroz. No hay salvación. ¡Qué venga el fallo, que se cumpla el destino! Llanto, dolor y muerte anunciaré con mi Juicio Final. Desencadenaré una tempestad en todas las almas humanas... ¡Nadie se salvará!

¿Y el justo? Para salvarlo, habría que salvar este mundo que debe ser destruído.

Para destruirlo sin rastro, ¡que perezca el justo al par con el injusto!..

Sus ojos caen sobre la Comedia de Dante, hojea el libro y lee:

"Maestro, estos tormentos
que sufren hoy, tras de la gran sentencia,
menos crueles serán, o más violentos?

Y replicó: toda esa turba en malandancia,
como no ha de ir a perfección su estado
piense en el juicio eterno hallar ganancia".

Es obscuro el sentido

(*Medita*).

EL DISCÍPULO

(*Despertó de su sueño*).

¡Maestro!

Miguel Angel continúa absorto por sus pensamientos.

EL DISCÍPULO

...Apenas he cerrado mis ojos, sentí como un vago zumbido de alas de mariposa: sobre mi lecho inclinado estaba Morfeo con una roja amapola en la mano y tocóme ligeramente con el tallo de la flor. Me dormí en seguida y me vi transportado a un bosque espeso y sin límites. Era un bosque sagrado... Driades hermosas, adornadas de hojas de encina bailaban alrededor de los árboles seculares.

Me enterré en una selva... Unos ciervos espléndidos pasaban sin temor. De repente oí el zumbido de

una flecha... fué un instante apenas... di un grito terrible... estaba herido, Maestro, y postrado en el suelo. A mi lado divisé a Diana la cazadora, la casta Diana, con la que sueño despierto. Me levantó del suelo, tomó mi cabeza con ambas manos y me besó en la boca, en la frente, en los ojos. Y mi sangre corría sin cesar. Y, sin fuerzas ya, pensando que moría, me desperté...

¡Qué sueño tan raro!.. ¿Oyes, Maestro?

Después de un instante se duerme de nuevo.

MIGUEL ANGEL

(*Lee a Dante*).

"Mi alma está indecisa: el *no* y el *sí* batallan en mí mente".

(*Repite*:)

El *no* y el *sí* batallan en mi mente, el *no* y el *sí*.

¡Dios piadoso, no te apartes de mí. Necesito toda tu fortaleza. Mi alma, incesantemente entregada a la meditación y a punto de lanzar sobre la tierra sus restos mortales, avanza en el camino de la eternidad entre los sentimientos de justicia y amor.

Mi certidumbre me viene del sentimiento de justicia. ¿De dónde me nacen las tormentas y dudas? No me guía, Dios mío, el deseo de venganza. Tú bien lo sabes... La culpa engendra el castigo, como la semilla engendra la planta. Tan eterna como la cul-

pa es el castigo. Es su ley, la ley eterna del Hombre...

Mi certidumbre procede del sentimiento de justicia; del amor nacen en mí las tormentas y dudas.

¿No he sufrido, oh amor, tu acicate yo, que no he podido poseer a mi agrado un solo instante en mi vida? Tirano amor, vete de mí; mi alma necesita paz, mi espíritu luz, mi mano vigor. Soy el profeta del mundo nuevo que Dios creará. Allí reinarás... aquí te sujetaré con cadenas gruesas para que no debilites mi mano, para que no me inspires piedad que para la justicia en un crimen.

EL DISCÍPULO

(*Lanza un grito:*)

..*¡Maestro, Maestro!*

Corre hacia Miguel Angel, se abraza a sus pies.

¡Vi otro sueño!.. Me espanta, me ahoga...

MIGUEL ANGEL

(*Bondadoso*).

¿Qué has visto, hijo mío?

EL DISCÍPULO

Vi a Cristo... bañado de sudor que eran gotas de sangre, en el jardín del suplicio... Estaba de rodillas y oraba en silencio... A su lado, tranquilo, dormían los discípulos. El levantaba sus ojos hacia

el Eterno, y murmuraban sus labios: "Cúmplase tu voluntad!'" Y vino Judas, y con él los soldados verdugos y... empezó el suplicio.

Yo quise correr en su ayuda, y me encontré con su mirada tan honda como el abismo, que me decía en silencio: si *ellos huyeron, ¿quién eres tú para socorrerme?*

MIGUEL ANGEL

¡Tranquilízate!

EL DISCÍPULO

¡No puedo, Maestro!

(*Entra Urbino*).

URBINO

Oí unos gritos. ¿Qué pasa, Maestro?

MIGUEL ANGEL

Vete con él, cuídalo, cálmalo...

Urbino sale con el Discípulo, bañado en lágrimas.

MIGUEL ANGEL

Solo, sentado y apoyando la cabeza en ambas manos.

Mi tarea es superior a mis fuerzas. No podré finalizarla. Soy polvo y tierra, soy un miserable gu-

sano, que quiere penetrar en los designios de Dios. Nada soy, y, siendo, "la nada", pienso sólo en mi propio ser,y, aun cuando invoco tu nombre, lo hago para mi propio bien, y, aun cuando digo que soy miserable, prefiero mil veces serlo, discutiendo contigo, antes que humildemente caer ante tí.

Soy soberbio como Satanás, te hablo frente a frente como tu igual, te interrogo, como si fuese yo el Juzgador y Tú el juzgado...

Pero lo hago entre gemidos, Señor, lo hago con la muerte en el alma...

Respóndeme, pues... ¿Cuál es tu voluntad?

Dijo Aquel que murió crucificado: "Cúmplase tu voluntad". Y yo te pregunto: "Cuál es... Enséñamela...

Dijo el Salvador:

"Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os ultrajan y persiguen".

Pero El, que tanto supo amar, dijo también:

"Serpientes, generación de víboras, cómo evitaréis el juicio del infierno? Toda la sangre justa que se ha derramado caerá sobre vosotros: desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías al que matasteis entre el templo y el altar".

Díme, pues, Señor, cuál es tu voluntad, enséñame, guíame...

(Su cabeza cae sobre sus manos).

Se oye un zumbido de alas gigantescas. De lo alto baja Lucifer. Miguel Angel abre las manos, levanta la vista, cree soñar.

MIGUEL ANGEL

¿Quién eres?

LUCIFER

¡Satanás!

MIGUEL ANGEL

¿Qué quieres?

LUCIFER

¡Justicia!

MIGUEL ANGEL

¡Eres Satanás y reclamas justicia!

LUCIFER

¡Tú también la reclamas!

MIGUEL ANGEL

Yo al Eterno...

LUCIFER

¡El Eterno eres tú!

MIGUEL ANGEL

..¡al Creador!

LUCIFER

Tú no sabes más del Creador y del Eterno de lo que sabes de tí mismo...

MIGUEL ANGEL

¡Vete!

LUCIFER

¡Antes me harás justicia!

MIGUEL ANGEL

¡Habla!

LUCIFER

Aquel a quien tú llamas "Divino Maestro", sin escrúpulos y sin temor me lanzó a lo más hondo de su infierno maldito. Me transfiguró por completo. Seis ojos me dió, tres barbas, tres bocas, y en cada boca me puso un traidor que yo con mis dientes debía triturar.

MIGUEL ANGEL

¿Por qué te preocupas de eso?

LUCIFER

¡Amo lo bello! Me transformó en un Monstruo y el mundo se ríe de mí.

MIGUEL ANGEL

¿Por qué te interesa el mundo?

LUCIFER

¡Amo la gloria!

MIGUEL ANGEL

¡Díme por fin qué quieres de mí y déjame en paz!

LUCIFER

Deseo que me repares la injusticia que tu Maestro me hizo, que me presentes en tu "Juicio Final", grande y hermoso sobre el trono, como a un Dios del Infierno.

Y cuando llegue la hora fatal, levantaré mi voz rebelde para defender mi existencia.

Soy un Señor, un gran Señor, que durante siglos y siglos ha sido el Emperador del Mundo. Y, si he sembrado el mal, si en lágrimas he bañado la tierra, si despojaba al pobre, si seducía las castas doncellas para los mercaderes y príncipes, si maté a mi propio hermano, si vendí al Señor, tenía un cómplice...

MIGUEL ANGEL

¿Quién fué tu cómplice?

LUCIFER

El Eterno: toleraba mis actos...

MIGUEL ANGEL

¡Calla!

LUCIFER

Ja... ja... ¡Piensas lo mismo!

MIGUEL ANGEL

¡Eres un arma en las manos de Dios!

LUCIFER

¡Entonces soy menos culpable aún! Si soy su arma, obra El, y no yo... El mandaba y yo obedecía...

MIGUEL ANGEL

¡Te suplico que calles!

LUCIFER

¡No! ¡Temes a la verdad! Escucha... Hace millones de siglos yo fuí una estrella matutina que adornaba el cielo. En medio de mis estrellas hermanas, fuí la más feliz, la más brillante de todas. No he conocido ni el bien ni el mal, y de luz transparente fué mi alma, hasta que vino *El*, y por un capricho de crear me llamó a la Vida... Me transformó en un Angel, el más hermoso de todos, hasta que un día me rebelé y quise ser tan libre, como El es libre. Entonces me arrojó a la tierra. Y ando vagabundo por el mundo

entero... y hago el mal, y El lo tolera... y me deja hacer...

MIGUEL ANGEL

¡Vete!

LUCIFER

¡Justicia!

MIGUEL ANGEL

¡Vete, por Dios!..

LUCIFER

Ja... ja...

Se oye un zumbido de alas. Lucifer desaparece. En la obscuridad de la escena se dibujan fantasmas que claman justicia.

MIGUEL ANGEL

¡El fin del Mundo que sea mi propio fin! ¡Líbrame de tu mandamiento, Señor! No puedo cumplirlo. Quítame la vida en cambio, porque sufro, porque me deshago en penas, porque sangra mi alma. Sólo una cosa deseo: no ser, no sentir, salir fuera del dominio del tiempo, morir...

La escena se vuelve casi completamente obscura.

LA VOZ DEL ETERNO

¡Cúmplase mi voluntad!

MIGUEL ANGEL

(*Arrodillado*).

¡Dios y Señor! ¡No sé cuál es!...

MIGUEL ANGEL

¡Ay de los falsos profetas que escuchan sus propias quimeras!

MIGUEL ANGEL

¡Postrado ante tí, Señor, te suplico: ¡díme cuál es tu voluntad!

LA VOZ DEL ETERNO

¡Ay de aquellos que no tienen fe!

ACTO I

PERSONAJES:

MIGUEL ANGEL
VICTORIA COLONNA
URBINO
CORNELIA
BACCIO RANTINI, médico
PABLO III y su séquito

Habitaciones de Miguel Angel

Roma, 1539.

ESCENA I

URBINO y CORNELIA

URBINO

Cornelia mía, el Maestro se muere.

CORNELIA

¡Bah! ¡Tantas veces ya se ha muerto!

URBINO

(*Sin prestarle atención*).

Desde que lo han traído de la Sixtina, herido por la caída del andamio, no recibe alimento alguno, rehusa la ayuda médica, no permite a nadie acercarse a su lecho...

CORNELIA

Excepto a tí... ¡Como eres su amigo!

URBINO

Soy su servidor, nada más que su servidor, y con serlo durante largos años he sido dichoso.
Tú bien lo sabes.

CORNELIA

¡Eres artista como él, y con servirle te humillas...

URBINO

¡Déjame con mi pena, mujer! Ayúdame, dame un consejo como salvarlo!

CORNELIA

¡Mejor harías si pensaras en tu hogar!
Si se muere de verdad, podría ocuparse de tí, recompensando tus servicios de tantos años, podría acordarse que tenemos un hijo, y que, con servirle a él,, artista como eres, te has vuelto un inútil!

URBINO

¡Ten vergüenza, mujer!

CORNELIA

¡Bah!

URBINO

Nos deja una fortuna...

CORNELIA

¿Una fortuna, dices?

URBINO

Dos mil ducados...

CORNELIA

¡Gran Dios! Tendremos asegurada toda la vida. Yo siempre he dicho que el Maestro es generoso...

URBINO

(*Con tristeza*).

¡Tú siempre lo has dicho!...

(*Pausa*).

¡Dos mil ducados que queman mis manos como si fuesen las treinta monedas de Judas! Yo rehusaba, pero él insistía, y me abrazó, como hermano, y me habló de mi hijo... Y, amorosamente se despidió de mí... para siempre... ¡Se condenó a sí mismo! Y yo no puedo ayudarle, no puedo salvarlo, y, cuando él se muere, están llenas de oro mis estúpidas manos, movidas por un corazón de ingrato...

En aquel momento, yo, que siempre lo imaginaba en un trono de Majestad, como si fuese un Dios, vi descender su alma generosa de sus cumbres y acercarse a mí, el más humilde de los hombres...

Llamóme hermano, y nuestras lágrimas se con-

fundieron y nuestros brazos se enlazaron. Un instante de dicha y de pena, de dicha y de pena. ¡Oh, si yo pudiese morir por él...

CORNELIA

(*Acercándose a Urbino*).

¡Urbino!

URBINO

¿Qué dices, amada mía?

CORNELIA

¡Perdóname!

URBINO

¿Perdonarte, yo?

CORNELIA

Sí, perdóname, te lo ruego.

URBINO

No tengo por que ¿No te amo con toda mi alma?

Entra Baccio Rantini, médico de Florencia.

ESCENA II

LOS MISMOS y BACCIO RANTINI

URBINO

Señor... Dios mismo te ha mandado...

BACCIO

¿Qué pasa?

URBINO

¡Señor, señor!

(*Llora*).

El Maestro quiere morir...

BACCIO

¡No entiendo!

URBINO

(*No puede dominar el llanto*).

CORNELIA

El Maestro se cayó hace tres días del andamio en

la Sixtina y se ha roto un pié; prohibe que llamen a un médico y rehusa los alimentos.

BACCIO

(*A Urbino*)

¡ Vete y dile que Baccio Rantini, su amigo de Florencia desea verlo!

(*Sale Urbino*).

ESCENA III

BACCIO y CORNELIA

CORNELIA

Tu fama, Señor, ha llegado hasta Roma. De Baccio Rantini, se dice, que hace milagros. Yo misma oí a una mujer florentina bendecir tu nombre, porque le salvaste a su hija de una muerte segura. Sálvalo... Salva al Maestro... Temo por él y temo por mi Urbino... Se morirá de dolor, si se muere el Maestro.

ESCENA IV

LOS MISMOS Y URBINO

(*Desesperado*).

Se rehusa a recibirlo, señor...

BACCIO

Imposible...

MIGUEL ANGEL

Terminantemente rehusa...

BACCIO

Bien, entraremos sin su permiso.

Abre la puerta de entrada al aposento de Miguel Angel. Pasado un instante se levanta el segundo telón.

ESCENA V

MIGUEL ANGEL *medio acostado en su sillón. Sus piernas están tapadas con una rica piel.*

BACCIO

¡Maestro!

Miguel Angel, absorto en sus ideas, no contesta.

BACCIO

(*Acercándose más*).

Maestro, soy Baccio Rantini, tu amigo de Florencia.

MIGUEL ANGEL

(*Indiferente*).

Díme lo que pasa en Florencia...

BACCIO

Maestro, nuestra patria hermosa gime bajo el yugo de los que se han vuelto sus peores tiranos

(*Miguel Angel le presta atención*).

Basta una denuncia secreta, para caer en las manos

de los verdugos de la libertad y morir de una muerte espantosa. Peligran la vida y el honor.

Las mujeres son víctimas del Duque y de su horda desenfrenada. El asesinato, el robo y la rapiña reinan en Florencia. No hay ley, ni Dios, y el pueblo florentino llora sus desventuras.

MIGUEL ANGEL

(*Prestando siempre más atención*).

¿Por qué no se rebela? ¿por qué no se levanta en armas?

BÀCCIO

(*Con tristeza*).

El pueblo florentino, antaño libre, hoy es esclavo.

MIGUEL ANGEL

¿Y las artes?

BACCIO

Las bellas artes y las letras están en un completo abandono y desprecio.

MIGUEL ANGEL

¡Pobre Florencia!

BACCIO

¡Pero el pueblo florentino, con infinito amor, re-

cuerda al gran ciudadano Miguel Angel Buonarotti, que luchó arriesgando su vida por la libertad de su patria.

MIGUEL ANGEL

El pueblo florentino... que lapidó a mi "David"...

BACCIO

Sí... este pueblo te venera y te admira, y yo soy en este instante el portavoz de su voluntad.

MIGUEL ANGEL

¿Qué deseas?

BACCIO

¡Curarte!

MIGUEL ANGEL

No...

BACCIO

¡Te hablo como amigo!

MIGUEL ANGEL

Querido Baccio, tus esfuerzos son inútiles.

BACCIO

¡Morirás de dolor!

MIGUEL ANGEL

Todos se mueren de dolor.

BACCIO

¡A su tiempo!

MIGUEL ANGEL

El mío ha llegado.

BACCIO

¡Maestro! Soy médico y tengo la sagrada misión de prestar ayuda a los enfermos donde sea y como sea, y aún si fuese contra su voluntad.

(*Se inclina a sus pies, tratando de mirarlos*).

MIGUEL ANGEL

(*Con una mueca de dolor*).

¿Para qué te empeñas tanto, querido amigo?

BACCIO

Lucho con la muerte cuando se encuentra a mi paso.

MIGUEL ANGEL

¿Para qué?

BACCIO

Para vencerla... como tú al mármol...

MIGUEL ANGEL

¿Y no te cansaste?

BACCIO

No.

MIGUEL ANGEL

Y yo estoy mortalmente cansado.

BACCIO

¿Sufres mucho, Maestro?

MIGUEL ANGEL

(Domina un gemido, y no contesta).

BACCIO

¡Díme lo que más te duele!

MIGUEL ANGEL

¡El alma!..

BACCIO

¡Pobre Maestro!

Triste y resignado se aleja, se acerca a la ventana. Pasa un instante.

BACCIO

¡Que extraño espectáculo! ¡Parece que toda Roma

salió a la calle! Una enorme procesión invade la plaza.

Van en actitud de orar. Distingo entre ellos a muchos prelados, a la gorra roja de un cardenal; ya veo su rostro; allí va otro cardenal... Son muchos... Y en medio de ellos veo a un anciano agobiado. ¡Ah! es el santo padre... es el Papa... Y se dirige aquí... Gloria a tí, hijo de Florencia, que conquistaste tanta grandeza que el Papa Santísimo bajó de su trono para llevarte él mismo su bendición...

MIGUEL ANGEL

(*Sonríe tristemente*).

¿No fué un Papa quien subyugó a Florencia?

BACCIO

El Papa es el jefe de la Iglesia Católica Romana.

MIGUEL ANGEL

Y nosotros sus esclavos. ¡Toda mi vida he sido esclavo de los Papas!

BACCIO

¡No blasfemes, Maestro, no seas injusto! El Padre Santísimo, viejo y enfermo, bajó de su trono y viene a verte, como un hermano a otro hermano.

(*Entra Urbino*).

ESCENA VI

MIGUEL ANGEL, BACCIO y URBINO

URBINO

¡Maestro, maestro querido! ¡El Santo Padre en medio de una enorme muchedumbre se dirige aquí... Ya está cerca, falta un instante...

MIGUEL ANGEL

¡Cálmate, Urbino!

Entran el Papa y los cardenales. Urbino cae de rodillas, levanta sus manos en ademán de súplica. El médico se inclina respetuosamente.

ESCENA VII

LOS MISMOS, EL PAPA y su séquito

PABLO III (1)

¡Os traigo mi bendición!

(1) Véanse los retratos de Pablo III de Ticiano.

MIGUEL ANGEL

¡Alto e inmerecido es el honor que me dispensáis!

UN CARDENAL

¡Honor que no han conocido ni los reyes, ni el mismo Emperador!

PABLO III

(*Benévolo*).

Miguel Angel vale tanto, como un rey.

UN CARDENAL

O más...

PABLO III

Miguel Angel y yo nos hemos repartido el mundo

(*Risa benévola*);

el mundo divino para él, el mundo terreno para mí.

(*Risas serviles del séquito*).

PABLO III

(*Con cambio en la expresión*).

Luchamos los dos. Los dos estamos rodeados de enemigos.

(*Lanza miradas escudriñadoras a los cardenales*).

Pero venceremos. Yo con la espada, tú con tu genio...

(*Risas serviles del séquito*).

Miguel Angel continúa silencioso.

PABLO III

Rumores graves han llegado a nuestros oídos. Venimos a cerciorarnos si son ciertos...

MIGUEL ANGEL

Nunca tomaré más el cincel en la mano...

PABLO III

¡No estás en tu juicio!

MIGUEL ANGEL

¡Nunca volveré a la Sixtina!

PABLO III

¿Te atreves a desobedecerme?

MIGUEL ANGEL

¡No volveré más a la Sixtina!

PABLO III

¡Volverás! Nuestra voluntad es inquebrantable. "El Juicio Final" debe ser terminado. ¿Oyes?

(*Golpea con el bastón en el suelo*).

"El Juicio Final debe ser terminado.

Cambia de actitud.

Graves intereses de la Santa Iglesia me obligan a insistir en que termines "El Juicio Final". Con tu mano firme y tu genio poderoso debes mostrar al mundo entero los sufrimientos y las torturas que esperan a los herejes malditos que se apartaron de Jesucristo y de su vicario en la tierra. ¡Que alcance tu genio allí donde no llega mi espada! ¡Y que tiemblen de miedo y de espanto Lutero, el Anticristo, y los infames que ciegamente siguen sus pasos!

MIGUEL ANGEL

¡Estoy enfermo!

PABLO III

¡Déjate curar!

MIGUEL ANGEL

¡Mi enfermedad es incurable!

PABLO III

¡Vénce tu enfermedad! Soy más viejo que tú, estoy más enfermo, no tengo ni un miembro sano en mi cuerpo, y lo domino, como si fuese de cera... porque quiero vivir...

UN CARDENAL

¡El Papa Santísimo vivirá aún muchos años, para el bien de la Santa Iglesia...

PABLO III

¡Y para que tú no seas Papa!

(*Risas serviles*).

PABLO III

¿Los ves? Cada uno de ellos me acecha, esperando mi próxima muerte. Cada uno de ellos quiere ser Papa. Je... je... Son diez y no hay más que un solo trono papal, y en él estoy yo, Pablo Farnesio, el patricio romano, y en mis manos os tengo a todos. ¡Todos sois mis traidores! Cristo tenía un solo Judas, y yo estoy rodeado de tantos Judas, cuantos cardenales hay!

UN CARDENAL JOVEN

Yo no te traicionaré. Soy de tu sangre...

PABLO III

Eres de la sangre de los Farnesios y te consideras con más derecho al trono pontificio... tu me traicionarás el primero!

(*Risas de algunos cardenales.*)

PABLO III

¡Callad! ¡Víboras!

(A Miguel Angel)

Te ordeno que tomes las medidas que deseas y vuelvas a tu obra.

Y ahora...

(Tratando de levantarse).

te dejamos, para volver a nuestras pesadas tareas de gobernar el mundo

(Mirando con desprecio y desconfianza a los cardenales).

donde nadie nos puede ayudar.

(No puede levantarse).

Dos cardenales algo apartados.

EL PRIMER CARDENAL

(En voz baja)

¡Son sus últimos días, Eminencia!

EL SEGUNDO CARDENAL

¡Que Dios te oiga, Excelencia!

EL PRIMER CARDENAL

¡Debemos prepararnos a tiempo!.. ¿Vuestra Eminencia por quién votará?

EL SEGUNDO CARDENAL

¡No sé, Excelencia! Esperaré la divina inspiración...

EL PRIMER CARDENAL

¡Y votará por sí mismo!

EL SEGUNDO CARDENAL

(*Irónicamente*).

¡No, votaré por Vuestra Eminencia.

UN CARDENAL

Ayuda a Pablo III a levantarse.

Yo he prevenido a vuestra Santidad que ese acto puede cansarlo...

OTRO CARDENAL

(*Sumiso*).

¡Pero el Papa Santísimo ha ganado una batalla!

PABLO III

"El Juicio Final" de Miguel Angel Buonarotti vale más que diez batallas ganadas al enemigo.

Vánse el Papa y su séquito.

ESCENA VII

MIGUEL ANGEL, BACCIO y URBINO

MIGUEL ANGEL

¡Idos, amigos, dejadme sólo!

URBINO

(*Como en sueño*).

¡Ahora, Maestro, todo irá bien!
El señor Baccio te curará tus heridas. ¿No es verdad?

(*Inquieto y con esperanza*).

Os dejo, os dejo...

(*Sale*).

ESCENA VIII

MIGUEL ANGEL y BACCIO

MIGUEL ANGEL

(*Fatigado e inquieto, con una leve ironía*).

¿Por qué no hablas?

BACCIO

¡Esperaba que te hablase de otro modo... Y ahora, que mi esperanza ha muerto, no sé que pensar, ni que hacer...

MIGUEL ANGEL

¡Déjame entregado a mi destino! El hombre es libre...

BACCIO

¡Vivir es un deber!

MIGUEL ANGEL

¡Es una tortura, un infierno, un continuo morir!

BACCIO

¡Nunca en mi vida mi conciencia ha estado en un más grave conflicto! Mi deber es salvarte, y lo que me dicta el deber, mi ciencia lo puede cumplir. Pero mi alma está intranquila, mi voluntad quebrantada y las manos me tiemblan...

MIGUEL ANGEL

¡Vete en paz, mi querido amigo!

URBINO

(*En la puerta*).

Victoria Colonna desea hablar al Maestro.

Entra Victoria Colonna, mira bondadosamente al médico. Este se inclina profundamente y sale.

ESCENA IX

MIGUEL ANGEL y VICTORIA COLONNA

VICTORIA COLONNA

Arreglando las almohadas en que está apoyado Miguel Angel.
¡Vine la última!

MIGUEL ANGEL

¡Bendita sea la hora de vuestra llegada!

VICTORIA COLONNA

Vine a rogaros humildemente que respetéis vuestra vida...

MIGUEL ANGEL

¿Para qué?

VICTORIA COLONNA

¡Para la obra santa del Amor!..

MIGUEL ANGEL

¡La vida en para mi la Cruz!

VICTORIA COLONNA

¡Aceptadla!

MIGUEL ANGEL

¡Me faltan las fuerzas!..

VICTORIA COLONNA

¡La Cruz os dará fuerzas! (1)

MIGUEL ANGEL

¡Mi espíritu está atormentado!..

VICTORIA COLONNA

¡Os librará de tormentos!..

MIGUEL ANGEL

¡He perdido hasta la última esperanza!

VICTORIA COLONNA

¡Os dará la esperanza de la vida eterna!..

MIGUEL ANGEL

¡Quiero anularme, no ser!

VICTORIA COLONNA

¡Dad lo último que poseeis!

MIGUEL ANGEL

¡Todo lo he dado!

---

(1) Véase *La Imitación de Cristo* de Kempis.

VICTORIA COLONNA

¡No!

MIGUEL ANGEL

He repartido mis bienes.

VICTORIA COLONNA

¡Pero no os librasteis del amor a sí mismo!...

MIGUEL ANGEL

¡Es verdad!..

(*Pausa*).

Para matar este amor a mí mismo, la vanidad, la soberbia, el orgullo, debo morir... ¡No puedo despojarme de mí mismo! ¡Nunca he podido hacerlo! Desprecio a los pobres de espíritu que me llaman el rey del arte y en mi interior me considero más que todos los reyes de la tierra...

Me humillo ante el Papa y discuto con Dios, y aún cuando para no sentirme, para dejar de ser, me mortifico sin fin, surge de lo más hondo de mi ser un yo informe, monstruoso, insaciable que busca apoderarse de todo: de la materia, de la Vida, del mundo entero, y hasta atenta a la libertad del Eterno...

VICTORIA COLONNA

¡Pobre Maestro!

MIGUEL ANGEL

Dos años, sin descanso, traduzco en el fresco de la Sixtina el combate de mi espíritu; cuerpo y vida di a los seres que están en mí, que se disputan mi alma y que yo creí vanos fantasmas. Y estos fantasmas, convertidos en realidad, me miran con ojos de espanto y me infunden terror.

Tiemblan todos ante "El Juicio Final", el santo, lo mismo que el malvado... Nadie podrá salvarse.

Y en medio de los fantasmas por mí creados, oía la voz del Juzgador amenazando con la implacable destrucción al mundo entero, y huía de la Sixtina, temiendo la locura, pero ésta me acechaba en mi estudio, en todas partes donde estaba, y volvía a mi obra, enfermo y exhausto, hasta que un día, felizmente me caí del andamio, y he resuelto poner fin a esta existencia miserable...

VICTORIA COLONNA

¡Pobre Maestro! ¡La piedad os hace sufrir!

MIGUEL ANGEL

¡Si fuese piedad! Por salvar mi propia existencia era capaz de salvar el mundo entero, condenado a morir. Y me mentía fingiéndome que quise salvar el mundo por el mismo, por la piedad que sentí hacia

él, pero me sorprendí en esta mentira, y comprendí que no puedo más, que no debo más.

Pero aun cuando fuese piedad lo que siento, estoy en tinieblas.

No sé en que está la verdad: en ser justo o en perdonar.

VICTORIA COLONNA

(*Sonriendo*).

El justo perdona!

MIGUEL ANGEL

¡No! El justo castiga, destruye, anula! Para salvar este mundo, hay que destruirlo primero!

Dejad un solo germen del mundo viejo en el mundo renovado y dará sus frutos venenosos y el mal volverá.

Para ser piadoso no hay que tener piedad! (1)

VICTORIA COLONNA

¡El justo ama!..

MIGUEL ANGEL

Si ama debe perdonar; ¡cómo puede castigar y perdonar a la vez!

---

(1) Véase *Dante*.

VICTORIA COLONNA

¡El justo castiga perdonando!

MIGUEL ANGEL

¡Ah, Dios mío, Eterno Dios! ¡Si el Juzgador en "El Juicio Final" en lugar de castigar al mundo con la muerte lo castigase con el perdón!

VICTORIA COLONNA

(*Serena y sublime*).

¡El mundo sería salvado! El milagro de amor haría posible lo imposible...

Una nueva humanidad por el amor regenerada, habitaría el mundo. Los hombres serían felices y libres. Desaparecerían el pobre y el rico, el poderoso y el humilde, el Juzgador y el Juzgado, porque el rey del mundo sería el amor.

Y la tierra sería otra tierra porque sus dulces frutos se repartirían sin lucha y sin rencor, y el sol sería otro sol, porque sus rayos por donde quiera que pasasen, iluminarían la paz y la dicha. Así el mundo se renovaría en sus cimientos.

MIGUEL ANGEL

(*Se mueve en el sillón, y grita nerviosamente*).

¡Urbino, Baccio, venid!

(*Entran los dos*).

Llevadme a la Sixtina. No hay que perder ni un momento, ni un solo instante...

BACCIO

Maestro, antes debo curarte el pie...

MIGUEL ANGEL

¡Cumplid mis órdenes ¡Llevadme a la Sixtina!

Hace un esfuerzo para levantarse, con una mueca de dolor cae de nuevo.

Me moriré antes de terminar mi "Juicio Final".

BACCIO

(*Con júbilo*).

¡Vivirás aún muchos años para la grandeza de Florencia y de Italia.

Le examina el pie sin que Miguel Angel proteste. Victoria Colonna silenciosamente se aleja. (*Después de un instante*).

MIGUEL ANGEL

¿Dónde está la señora?

URBINO

¡Se ha ido!

MIGUEL ANGEL

¡Y yo no he besado sus manos, no he caído a sus pies... Urbino, acerca "La Piedad", que no acabé, que nunca pude acabar. Bien. Toma el martillo. Dale un golpe al mármol.

(*Indicando con la mano*).

Allí... ¡No protestes! Haz lo que te digo... Aquí

(*Indicando siempre con la mano*).

¡Muy débil! ¡Más fuerte... más débil... rozando apenas... Bien. Aléjate...

BACCIO

¡Es una maravilla... El mármol ha perdido su peso y se ha vuelto alma que se levanta al cielo. ¡Oh, divino Maestro!

URBINO

(*De rodillas ante la estatua*).

¡Mater Dolorosa, ten piedad de todos nosotros!..

ACTO II

PERSONAJES:

VICTORIA COLONNA
JULIANO, el mayordomo
BERNARDO OCHINO
EL ESPÍA
URBINO
MENDIGOS (mujeres, hombres y niños)
TRES LEPROSOS
EL INTRUSO

Palacio de Victoria Colonna

Roma, 1541.

ESCENA I

VICTORIA COLONNA y JULIANO

JULIANO.

¡Llegó numerosa correspondencia, Señora!

VICTORIA COLONNA

Abrela...

JULIANO.

Una carta de Castiglione, con un manuscrito.

(*Lee*:)

Cor-te-giano...

Una carta de Sadolet, cartas de Ariosto, de Ludovico Dulce...

¡Noble Señora, tienes la flor de Italia a tus pies!

...de Fernando, príncipe de Holanda,

...de Margarita, princesa de Navarra...

¡Los príncipes y princesas de sangre real te envían su homenaje, Señora!

...del cardenal Pietro Carnesecchi...

...del cardenal Gaspare Cantarini...

¡Los príncipes de la Iglesia, Señora, te mandan su bendición, y te piden tus sabios consejos!

...de Miguel Angel...

VICTORIA COLONNA

¡Dame la carta!

JULIANO.

Permite a tu viejo y humilde servidor que se incline ante tí celebrando tu grandeza...

En la familia de tu ilustre padre, Fabricio Colonna, señor de Paliano, príncipe de Tagliacozzo, y de tu dulce madre Agnés de Montefeltro, había grandes señores, nobilísimas damas que fueron el honor de Italia, pero nadie ha conquistado tanta gloria como tú, nadie ha sido tan celebrado en el mundo entero, nadie ha tenido a sus pies ese mundo, como tu lo tienes!

VICTORIA COLONNA

¿Es toda la correspondencia?

JULIANO.

No...

VICTORIA COLONNA

¡He visto que cuidadosamente apartabas algunos sobres!

JULIANO.

¡Sucios, malolientes! Son cartas de pobres, de miserables mendigos.

VICTORIA COLONNA

¡Léeme las cartas!

JULIANO.

(*Lee.*)

Señora, ven en nuestra ayuda tan pronto como puedas... Nuestra querida madre, nuestro único sostén, murió anoche... Con ella se apagó el sol de nuestras vidas. Hemos quedado huérfanos, solos en la tierra... Ven tú en nuestra ayuda... Sé tú nuestra madre...

VICTORIA COLONNA

(*Con dulce reproche.*)

¿Son miserables, Juliano?

JULIANO.

(*Limpiándose las lágrimas.*)

... Son simplemente miserables.

Sigue abriendo las cartas.

¡Lo mismo, o casi lo mismo!... Se muere el padre, se muere una hija... En esa Roma maldita no hay hogar de un pobre donde no se muera alguien de dolor o de miseria.

VICTORIA COLONNA

Es sin fin la miseria humana... no tiene límites la miseria humana...

JULIANO.

(*Continúa leyendo.*)

¡Madre de los leprosos!

VICTORIA COLONNA

¡Dame la carta!

JULIANO.

(*Inclinándose profundamente.*)

Tú eres una santa, señora... y tu fiel servidor no merece la dicha de besar las huellas de tus pies, pero lo que tú haces, no está bien...

VICTORIA COLONNA

(*Sonríe.*)

JULIANO.

Piensas en todos y nada en tí mismo. Derrochas tus bienes y no cuidas tu salud.

(*Reaccionando.*)

Pero yo velaré por tí, como te cuidaba cuando eras niña, te cuidaré ahora.

Se levanta para salir, murmura por el camino.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no he muerto antes para no ver tanto horror?

ESCENA II

VICTORIA COLONNA

Sola, pensativa, toma la carta de Miguel Angel, lee:

"Iba con paso incierto en busca de la verdad, y mi corazón flotaba sin cesar entre el vicio y la virtud, sufriendo y sintiéndose desfallecer como un viajero fatigado que se pierde en las tinieblas, cuando cruzásteis en mi camino e iluminásteis mi pobre existencia con una antorcha de luz y de esperanza... Oh, dadme vuestros consejos; me es sagrada vuestra opinión; aclarad mis dudas, guiadme como lo hicisteis al revelarme de una manera sublime el sentido del Juicio Final. Dictadme mi conducta, vos

que habéis sabido dirigirme al cielo por tan dulces caminos."

¡Mi pobre amigo!

Lee la segunda carta apartada.

"Madre de los leprosos... Ayer uno de nosotros, disfrazado, te vió entrar en el palacio de los Colonna... Supimos tu nombre... Rogamos a Dios para que te bendiga y sea tan generoso contigo, como tú lo eres con nosotros. Recibimos tu mensaje. Nada nos falta. Y una nueva luz ilumina nuestras miserables habitaciones desde que tus pies entraron en ellas, y una dulce esperanza llena nuestras almas."

Todo el mundo me pide socorro: desde el mendigo titán hasta el mendigo leproso, y yo, sonriendo, extiendo mi mano, como si hiciera una dádiva, y la mano está vacía, porque vacía está mi alma... Mis fuerzas me abandonan. El alma roe algo... que da amargo sabor a la existencia. Estoy inquieta, enferma, y desearía morir. ¡Cuánto dolor hay en el mundo! ¡Es un vano deseo el de querer suprimirlo, o, por lo menos, aliviarlo en parte.

Los grandes ríos de dolor continuamente llenan el mar y el sol no podría secarlo.

¡Dios mío! ¿Por qué permites tanta injusticia, tanta miseria y tanto mal! ¡No dudo de tu existencia! Has creado un mundo hermoso, tan hermoso que no puede ser sino la imagen de tí mismo.

Tú has creado la tierra fecunda, la adornaste con frutas y flores, creaste el arroyo de agua pura y cristalina, la montaña majestuosa y la vasta llanura, las estrellas lejanas y el mar profundo, tú has creado millares de seres que pueblan la tierra, el aire y el mar; por fin, creaste al hombre y le diste un alma y en este alma pusiste una melodía que es el canto del amor. Dios del Amor, tú existes, por cierto, ¿por qué, entonces, toleras el dolor, la miseria y el mal? ¿Por qué permites que la melodía divina de amor y grandeza se trueque en gemidos de dolor y de pena?

JULIANO.

(*Anuncia.*)

¡El cardenal Bernardo Ochino!

(*Entra el cardenal.*)

ESCENA III

VICTORIA COLONNA Y BERNARDO OCHINO

VICTORIA COLONNA

(*Rápidamente se ha tranquilizado.*)

¡Lo veo muy preocupado, padre!

BERNARDO OCHINO

¡Me libré con dificultad de la persecución de un espía. Me siguió los pasos como una sombra. Cuando me daba vuelta, repetía mi gesto, esquivando mirarme a la cara. Dirigí mis pasos a la plaza de la Croce, y allí, entre la multitud, lo perdí de vista, y ya libre, sin este peso maldito que siente un perseguido, me encaminé a tu palacio...

VICTORIA COLONNA

¡Los espías son astutos!

BERNARDO OCHINO

(*Se acerca a la ventana.*)

¡Tienes razón! ¡Allí está en frente, pero no solo; conversa con un compañero!

VICTORIA COLONNA

¡El otro es el espía que me sigue a mí!

BERNARDO OCHINO

¡Noble señora, estás en peligro!

VICTORIA COLONNA

¿En qué peligro?

BERNARDO OCHINO

Caraffa no perdona, juró que en el día que con-

siga del Papa que le autorice a renovar la Inquisición, mandará a la hoguera a todos los que simpaticen con Lutero y sus amigos.

VICTORIA COLONNA

¡El Papa le negará la autorización!

BERNARDO OCHINO

¡Caraffa es tenaz! Tiene de su parte a muchos cardenales que harán su voluntad. Y el papa Santísimo, más preocupado por la grandeza de su nombre que por el bien de la Iglesia, cederá por fin.

VICTORIA COLONNA

(*Sonriendo.*)

¿Entonces?

BERNARDO OCHINO

¡Entonces no habrá fuerza humana capaz de salvarnos!

VICTORIA COLONNA

(*Sonriendo siempre.*)

¡Moriremos como mártires!

BERNARDO OCHINO

¡El hombre no debe buscar la muerte! ¡Su deber es vivir y luchar!

VICTORIA COLONNA

Pero si el alma es inmortal, ¿qué importa la muerte del cuerpo? ¿No me enseñasteis: el alma es la morada de todas las cosas y no tiene morada alguna? ¿Por qué temer entonces?

BERNARDO OCHINO

¡No sé lo que es temor, señora! ¡Lucho por la Reforma de la Iglesia Católica, soy sacerdote de la Reforma, como lo fué Savonarola, a ella daré mi vida, y cuando llegue la hora de una muerte violenta, sabré afrontarla!

VICTORIA COLONNA

¡Perdonadme, padre; no quise ofenderos!

Pero la vida es pena, y cuando la defendísteis, me puse yo a la defensa de la calma, de la paz eterna, de la muerte...

BERNARDO OCHINO

Hija mía, mucho debes sufrir...

VICTORIA COLONNA

¡Dejemos eso!

(*Con energía.*)

¡Tomad las precauciones necesarias para no caer en manos de Caraffa! Cuidad, so-

bre todo, vuestros escritos, que podrían servir en manos de vuestros enemigos, como una acusación. Haréis mejor, dármelos a mí... Yo los cuidaré...

JULIANO.

(*En la puerta.*)

¡Un personaje extraño, que no desea decir su nombre, pregunta por Monseñor!

VICTORIA COLONNA

¡Dile que no está, que ha salido!

Juliano sale. (*A Bernardo Ochino*).

¡Dadme todos los papeles que tenéis con vos! ¡No protestéis! Bien, ahora idos por aquí, saldréis al patio y con esta llave abriréis la puerta que os llevará a otra calle... Id con Dios.

BERNARDO OCHINO

¡Bendita seas, hija mía!

(*Vase.*)

ESCENA IV

JULIANO

(*En la puerta.*)

¡El hombrecillo insiste!

VICTORIA COLONNA

¡Déjalo entrar!

(*Entra el espía.*)

EL ESPÍA

¡Noble señora...!

VICTORIA COLONNA

¿Qué deseas?

EL ESPÍA

¡Nada!... Yo simplemente entré para...

VICTORIA COLONNA

¡Dí lo que quieras, sin rodeos!

EL ESPÍA

!Yo buscaba a Monseñor!...
Quise preguntarle de parte...

VICTORIA COLONNA

Monseñor ha salido.

EL ESPÍA

¡No puede ser, señora!

VICTORIA COLONNA

(*Sonriendo.*)

¿Por qué no puede ser?

EL ESPÍA

(*Intranquilo.*)

¡Porque yo seguí sus pasos! Lo ví entrar y no lo ví salir.

VICTORIA COLONNA

¡Eres espía, entonces?

EL ESPÍA

¡Yo, señora, soy un hombre honrado!... ¡Soy servidor de Monseñor Caraffa!

VICTORIA COLONNA

¿Y no sabes tú que te emplea como espía?

EL ESPÍA

¡No, es decir, sí... pero es en bien de la Iglesia!

VICTORIA COLONNA

¡En bien de la Iglesia, haces el mal!

EL ESPÍA

... Perdonad, señora, mi deber me llama.

VICTORIA COLONNA

¿A dónde te llama tu deber?

EL ESPÍA

¡A buscar a Monseñor... a seguir sus pasos!

(*Ya en la puerta.*)

Mi amo sospecha también de tí... Cuídate, señora...

VICTORIA COLONNA

¡Vete! ¡No tengo miedo a la muerte!

EL ESPÍA

¡Una noble señora, tan rica y tan poderosa, no teme a la muerte?

VICTORIA COLONNA

¡No... y bendeciré el día que llegue...!

EL ESPÍA

(*En la puerta.*)

¡Yo... yo no seguiré a Monseñor...

ESCENA V

VICTORIA COLONNA

(*Sola.*)

¡En nombre de Cristo, Caraffa prepara una hoguera en que arderán antorchas de cuerpos humanos...!

¡Y tú, Dios mío, lo toleras y callas, o sufres en silencio la injusticia humana, o no llegan hasta tí los gemidos de dolor, o no existes...!

Entra Urbino, acompañado por operarios que cuidadosamente llevan la estatua "Piedad", de Miguel Angel.

URBINO

¡Ilustre señora, recibid un obsequio del Maestro!

VICTORIA COLONNA

Mira la estatua como persona competente. Su rostro cubre una sonrisa de placer y de vida.

¡Es sublime, Urbino; es una incomparable obra de arte que puede honrar aún a un Maestro tan grande como Miguel Angel Buonarotti!

URBINO

¿Dónde la pondremos?

VICTORIA COLONNA

Allí, en aquel rincón.

URBINO

¡Ponedla, señora, allí, donde acostumbráis a orar! Es una estatua milagrosa; al contemplarla, la paz llena el alma; la paz no, el júbilo la llena, el mármol se vuelve invisible y libres de la materia aparecen la Mater Dolorosa con su hijo muerto en sus brazos.

VICTORIA COLONNA

¡Eres artista, Urbino!

URBINO

¡Soy sirviente del Maestro, señora!

VICTORIA COLONNA

¡Su amigo!

URBINO

¡Su humilde amigo, si quieres!

VICTORIA COLONNA

¡Dale mis gracias al Maestro por su espléndido regalo!

URBINO

¡Desde que ha vuelto a la Sixtina, el Maestro es

otro hombre, señora; se ha rejuvenecido; trabaja sin descanso, día y noche; habla poco, pero cuando habla, siempre pronuncia vuestro nombre, y lo bendice, como lo bendigo yo, su servidor humilde!

VICTORIA COLONNA

¡Mi excelente Urbino, mucho me honras con tus palabras, pero no soy digna de tantas alabanzas de parte de tu maestro y de parte tuya!

Los obreros han terminado la ubicación de la estatua.

URBINO

¡Besoos humildemente las manos, señora!

(*Vánse Urbino y los obreros.*)

ESCENA VI

VICTORIA COLONNA

(*Sola. Contempla la estatua.*)

¡He sido blasfema! He dudado de la existencia del Señor, que guía la mano que produce obras tan divinas como ésta. ¡Perdóname, Dios mío! ¡Dios de la Belleza, Dios del Arte, tú existes por cierto!

(*Entra Juliano, pálido.*)

ESCENA VII

VICTORIA COLONNA Y JULIANO

JULIANO

¡Es espantoso, eso ya es directamente espantoso! ¡Esto ya pasa todos los límites!...

VICTORIA COLONNA

¿Qué hay, Juliano?

JULIANO

Toda la Roma hambrienta, sucia, descalza, todo lo que Roma tiene de lo más miserable, más abyecto, quieren forzar estas puertas para presentarse ante tí. Han llenado el palacio, pero son tantos que muchos quedaron en la calle. Se golpean, gritan, ¿oyes sus gritos salvajes? Gritan que ellos son los dueños de este palacio, que a ellos se lo regalaste, que eres la madre de los pobres, y que tienen el derecho a verte.

VICTORIA COLONNA

(*Sonriendo.*)

¿Y por qué no los dejas entrar?

JULIANO.

¿Cómo?

VICTORIA COLONNA

¡Déjalos entrar, Juliano!

JULIANO

¿A todos?

VICTORIA COLONNA

A los que pueden caber aquí.

JULIANO

Pero ensuciarán todo..., todo lo destrozarán... Y hasta temo por ti.

VICTORIA COLONNA

¿Por qué temes por mí?

JULIANO

¡No te dije: es lo más miserable de Roma entera, lo más salvaje, lo más peligroso que uno puede imaginarse, lo que llenó este palacio, este hermoso palacio, este gran palacio de los Colonna, de los príncipes de sangre real!

VICTORIA COLONNA

¡Déjalos entrar, Juliano!

Se abren las puertas por el empuje de la muchedumbre. La sala se llena de mendigos, hombres y mujeres. Entre ellos tres hombres vesti-

dos de monjes, con la cara cubierta de máscaras. Todos rodean a Victoria Colonna. Algunos se arrodillan, otros le besan las manos. Las máscaras en una actitud algo reservada.

VOCES

¡Madre nuestra, madre mía, madre de los pobres!

VICTORIA COLONNA

(*Con lágrimas en los ojos.*)

¡Hermanos míos, queridos hermanos míos, no me hagáis sufrir! ¡No soy merecedora de tanto amor! ¡Ya véis lo poco que pude hacer por vosotros; no os salvé de la miseria, ni os dí la dicha, un poco de dicha, hermanos míos!

VOCES

¡No, no! ¡No es cierto!

UNA VOZ

(*Con sarcasmo.*)

¡Es la pura verdad!

OTRA VOZ

¡Mientes, infame! Yo me moría de hambre, como un perro en la calle... A nadie le importaba mi mísera existencia... Los ricos... (*levanta el puño*),

esos condenados ricos, me volvían sus espaldas, cuando humilde, doblegado ante ellos, les pedía ayuda. Entonces, un día quise matar...

(*Alguien ríe.*)

Sí..., os confieso, hermanos míos, me vino un deseo irresistible de matar a alguno de esta gente maldita, de sanguijuelas nuestros...

Pero un día me encontré con ella... me miró con sus ojos de mártir y no sé que me pasó.

El odio se derritió en mí como se derrite la nieve... después que me habló unos instantes, lloré... y desde entonces ya no tengo más odio. Soy un miserable como antes, es verdad, pero soy dichoso, soy un miserable dichoso...

Algunas risas desconfiadas. Una voz: un miserable dichoso. ¡Já, já!... y voces de aprobación.

VICTORIA COLONNA

(*Palidece intensamente.*)

¡Oh, hermanos míos, callad, os ruego no me destrocéis el corazón! ¡Qué puedo yo!... ¡Qué puedo...!

UNA VOZ

¡No lo escuchéis, es un intruso, es un malvado quien se ríe!

OTRA VOZ

Todos los que véis aquí... todos somos dichosos.

(*Victoria Colonna se esfuerza en sonreir.*)

Miradme a mí. Soy inválido, es verdad. Durante el saqueo de Roma un soldado bruto me cortó de un sablazo la mano, la mano derecha, la más hermosa de las manos del hombre, aquella que trabaja y gana para su feliz dueño el pan del día. Con la sola mano que me quedó no pude estrangular a otro salvaje que violó a mi mujer, mientras lo que quedó de mi mano derecha sangraba...

(*Risa sarcástica del intruso.*)

Perdí entonces la fe en Dios... Blasfemaba y esperaba una ocasión de vengarme... Pedía limosna con la cabeza inclinada, y mi mano izquierda apretaba un puñal. Y un día, el más hermoso de mi vida, recibí la limosna de nuestra madre... Me habló, me llamó hermano, me preguntó por mis males, y lloró conmigo... y desde entonces bendigo la vida, soy dichoso...

VICTORIA COLONNA

(*En su voz se oyen lágrimas.*)

Tened piedad de mí, hermanos míos, no habléis...

VOCES

¡Madre nuestra! ¡Madre de los pobres!

LA VOZ DEL INTRUSO

¡No lo creáis! ¡Todo es inventado!

(*Risa sarcástica.*)

UNA VOZ

¡Malvado, si dices una palabra más, te rompo el alma!

LA VOZ DEL INTRUSO

(*Imita.*)

... Y un día, el más hermoso de mi vida, recibí la limosna de nuestra madre... y desde entonces soy dichoso y bendigo la vida. ¡Já, já!...

UN CIEGO (ANCIANO)

Yo, yo también quiero hablar... Ellos todos son dichosos de verdad... Te ven... Yo no... Soy ciego... Dame tus manos, como aquel día, cuando me levantaste de las escaleras del templo, medio muerto de hambre, y me cuidaste como una hija, como una hija querida...

VOCES ENTUSIASTAS

¡Viva Victoria Colonna, la madre de los pobres!

UNA VOZ

¡Yo soy florentino... un ilustre florentino que defendió la libertad de su patria hermosa. (*Risas.*) ¿Por qué os reís? He luchado al lado de Miguel Angel. Fuimos como dos leones, y, por fin, fuí herido... Cuando me levanté... Estiré mis manos para sentir mi cuerpo herido, y allí donde estaba mi pierna izquierda, mis manos encontraron el vacío...

Me hice mendigo, pedía pan en nombre de Cristo y me tiraron piedras, entonces quise quitarme la vida, pero el cielo me envió a nuestra madre, y me salvó de la desesperación y bendigo las horas de su existencia; beso las huellas de sus pies.

Victoria Colonna trata en vano de impedir los elogios.

VOCES

¡Viva Victoria Colonna, la madre de los pobres!

UNA DE LAS MÁSCARAS

¡Viva Victoria Colonna, la madre de los leprosos!

UNA VOZ

¿Leproso? ¿Quién pronunció este nombre?

VOCES

Yo no... Yo no... Yo no...

LA MÁSCARA

¡Yo lo dije!

VOCES DE ESPANTO

¡Un leproso! ¿Quién lo dejó entrar? ¡Huyamos! ¡Hay leprosos en casa! ¡Huid, huid!

Muchos huyen espantados. Aquellos que hablaron, después de una breve lucha. Quedan el ciego y las tres máscaras.

EL CIEGO

¡Yo quedaré a tu lado, hija mía, velaré por tí, mi amada, te defenderé, si es necesario!

ESCENA VIII

VICTORIA COLONNA, LAS MÁSCARAS Y EL CIEGO

Toda la escena desde la entrada de los mendigos es para Victoria Colonna un suplicio que constantemente aumenta.

PRIMERA MÁSCARA

Rumores han llegado a nuestros oídos que abandonas tu palacio. Y un deseo irresistible nos impul-

só a venir a verte, a rogar por ti, a bendecir tus pasos, a ofrecerte nuestra ayuda, nuestra vida, si la deseas...

VICTORIA COLONNA

¡Hermanos míos, pobres hermanos míos!

El ciego camina por la sala, tropezando con las cosas, tocándolas, como si pudiese verlas con las manos.

LA SEGUNDA MÁSCARA

No... no... Somos felices, todos somos felices.

VICTORIA COLONNA

(*Sonríe amargamente.*)

LA SEGUNDA MÁSCARA

¡Créeme, te suplico que me creas!... Yo era rico, inmensamente rico. Tenía un palacio, infinitos tesoros. Amante del Arte, tenía en mis salones cuadros de Boticelli, estatuas de Donatello, hasta que vino el mal... Entonces... con cada herida en mi cuerpo... perdía algunos de mis bienes...

Y como las llagas que lo cubren son tantas, perdí todo, y el sabor de la vida se me hizo agrio, y mis manos buscaban un arma para acabar con esta vida maldita. Pero cuando vos me disteis la mano, me hablásteis con voz armoniosa y dulce, un milagro se

produjo... No sentí mis llagas... En mi cuerpo podrido resucitó un alma...

Dios mío, a medida que caen pedazos de mi cuerpo, mi alma se rejuvenece y canta y alaba a Dios, al Dios de la piedad.

VICTORIA COLONNA

Se seca las lágrimas. En este tiempo el ciego dió con la estatua de Miguel Angel, la toca con sus dedos, la abraza, lanza un grito.

EL CIEGO

¡Veo, veo!

UN LEPROSO

¿Qué hay, que ves?

EL CIEGO

Vagaba por la pieza sin guía... mi pequeña, mis dos ojos, huyó junto con todos... Yo quedé solo... Mis manos buscaban en el espacio y daban con distintos objetos... De repente toqué algo frío. Pensé en seguida que es mármol... Pasé mis manos temblorosas por la superficie del mármol, y me di cuenta que es una estatua. Pronto advertí que son dos figuras. Y súbitamente un intenso rayo de luz atravesó mis ojos muertos. ¡Veo! ¡Os juro que veo a

nuestra Mater Dolorosa con su hijo muerto en los brazos!

LOS LEPROSOS

(*Se arrodillan ante "La Piedad"*).

¡Oremos! Un leproso es un Cristo. Su vida es un martirio, la lepra es su cruz. Somos hijos de Dios. ¡Oremos!

EL CIEGO

¡Veo, veo! Se han abierto mis ojos muertos y veo luz, mucha luz...

(*Balancea con las manos.*)

LOS LEPROSOS

(*Repiten, arrodillados.*)

Un leproso es un Cristo. Su vida es un martirio. Su lepra es su cruz.

(*Victoria Colonna llora en silencio.*)

ACTO III

PERSONAJES:

EL PUEBLO
PEDRO ARETINO
EL ARTISTA
LOS MENDIGOS
VICTORIA COLONNA
LA 1.ª MONJA
LA 2.ª MONJA
MIGUEL ANGEL

Roma, 1547.

CUADRO I

Plaza. Una multitud aglomerada. Grupos van y vienen. Repican las campanas.

ESCENA PRIMERA

PRIMER GRUPO

EL PRIMERO

¿A dónde corres?

EL SEGUNDO

¡No sé! ¿Y tú?

EL PRIMERO

Yo tampoco. Hago lo que todos.

EL TERCERO

¡Ignorantes! ¿No sabéis que hoy el mundo verá el Juicio Final de Miguel Angel Buonarotti?

EL PRIMERO

¡No entiendo! ¿Qué Juicio Final? ¿Y quién es Miguel Angel?

EL TERCERO

¿Y tú quién eres?

EL PRIMERO

¿Yo? Yo soy un panadero. Puedes preguntar a todos mis vecinos y te dirán quien soy yo, pero de tu Miguel Angel nada he oído.

EL TERCERO

¡Oid a ese estúpido! ¡Já, já!

EL PRIMERO

(*Amenazando.*)

¡Ríete, ríete, bribón!

SEGUNDO GRUPO

UNA VIEJA

(*Con voz llorona.*)

¡Es el fin del mundo! ¡Todos pereceremos sin misericordia!

UNA MUJER JOVEN

¡Y qué! ¡Gran cosa morirse cuando todos se morirán! ¡Yo no tengo miedo, ni tanto...!

UN JOVEN

¡Já, já! El fin del mundo es un fresco pintado en la Sixtina por nuestro célebre artista Miguel Angel Buonarotti.

LA VIEJA

¡Cómo! ¿No es hoy el fin del mundo? ¿No pereceremos todos? ¿Viviremos mañana y pasado y...

EL JOVEN

... y siempre... Já, já... ¡Pronto te morirás, vieja!...

LA VIEJA

¡Cállate... imbécil!

(*Lamentándose.*)

Las ollas dejé en el fuego... El asado se habrá quemado, Dios mío! Y el pan en el horno... ¡qué desgracia! ¡qué desgracia!

(*Empieza a correr camino atrás.*)

EL JOVEN

(*Continúa riendo. A la joven.*)

¡Y tú, hermosura?

LA MUJER JOVEN

¡Y yo, mi galán, quiero ver el fresco de nuestro gran Maestro...

EL JOVEN

Vamos juntos, entonces!

(*Tratando de llevarla del brazo.*)

LA JOVEN

¡Chist! ¡Abajo las manos!

TERCER GRUPO

UN VIEJO

¡Estas campanas me volverán sordo! ¿Qué pasa?

OTRO VIEJO

¿No sabes? Hoy dice misa el Papa Santísimo en la Sixtina de Miguel Angel.

EL PRIMER VIEJO

¿En la Sixtina de Miguel Angel?

EL SEGUNDO VIEJO

¡Es como si fuese de Miguel Angel. El la adornó con sus pinturas y la hizo sagrada.

EL PRIMER VIEJO

¿Miguel Angel es un santo?

UN HOMBRE JOVEN

¡Es un artista, viejo!

EL PRIMER VIEJO

¡No oigo! Hablen en voz más alta.

EL HOMBRE JOVEN

¡Ja-ja! E inventas que las campanas te vuelven sordo! Ya eres sordo.

EL SEGUNDO VIEJO

¡Dice, amigo, que Miguel Angel es artista.

EL PRIMER VIEJO

¿Entonces, artista y santo es lo mismo?

EL HOMBRE JOVEN

Es más que santo y es menos que santo.

EL PRIMER VIEJO

¡No entiendo!

LOS DOS VIEJOS

No entendemos.

EL HOMBRE JOVEN

¡Ja-ja!...

CUARTO GRUPO

EL PRIMERO

¿Conoces a ese hombre que habla desde aquella tribuna a los ciudadanos?

EL SEGUNDO

Yo, no...

EL PRIMERO

Vamos a oir lo que dice.

EL SEGUNDO

Si no sabemos quién es y lo que quiere ¿para qué hemos de perder el tiempo en escucharlo?

EL PRIMERO

No haremos ni mejor, ni peor que los demás. Vamos.

EL TERCERO

Yo conozco al orador.

LOS DOS

¡Dinos quién es!

EL TERCERO

¡Es Pedro Aretino!

EL PRIMERO

¡Ah!

EL SEGUNDO

¡Este perfecto canalla!

EL PRIMERO

¡El adulador!

EL SEGUNDO

¡El seductor de las mujeres casadas!

EL PRIMERO

¡El hombre que se hizo una fortuna con villanías!

EL SEGUNDO

¡Que nació en un prostíbulo!

EL PRIMERO

¡Y que vive en un palacio teniendo a su servicio a seis aretinas!

EL TERCERO

¡Es este... Exactamente. Este es Pedro Aretino!

LOS DOS PRIMEROS

¡Entonces, vamos a oir lo que dice... Vale la pena!

VOCES

Vamos.

QUINTO GRUPO

PEDRO ARETINO (1)

(*rodeado de una muchedumbre*)
Yo he visto el Juicio Final de este hombre que se atreve a llamarse artista, de Miguel Angel Buonarotti. Ciudadanos, sin miedo de faltar a la verdad...

UNO DEL GRUPO

¿Qué es "la verdad", Pedro Aretino?

PEDRO ARETINO

No me rebajaré a contestar a cualquier de tus necias preguntas. Yo, Pedro Aretino, amigo del gran Emperador, del Rey de Francia y del mismo Papa Santísimo.

(1) Véase el retrato de Aretino hecho por Ticiano.

UNO DEL GRUPO

¡Que ilustres amistades tiene ese bribón!

PEDRO ARETINO

Yo, amigo de Ticiano.

VOCES (irónicas)

Dejadlo hablar... Que hable el amigo de Ticiano del gran Emperador, del rey de Francia, del Papa. (Risas).

VOCES

¡Que hable! ¡que hable!

PEDRO ARETINO

Yo he visto el fresco del Juicio Final y puedo asegurarles que es la obra más impía del mundo... ¡Los santos padres de la Iglesia desnudos!

¡¡Todos los cuerpos desnudos!! y ¡¡¡el mismo Salvador!!!

Más se parece a Apolón de Belveder que a nuestro Cristo amado.

UNA VOZ

¡Es un charlatán!

OTRA VOZ

¡Un hipócrita devoto!

OTRA VOZ

¡Yo soy artista. La desnudez no es un crimen. El crimen es tener pervertidos los sentidos y ver en el cuerpo desnudo no más que la carne.

VOCES

¡Abajo Aretino!

LA VOZ DEL ARTISTA

¡Yo también ví el Juicio Final!

UNA VOZ

¡Que hable!

VOCES

¡Abajo Aretino!

PEDRO ARETINO

Yo... nada he dicho... no os tengo miedo...

VOCES AMENAZADORAS

¡Abajo, abajo ese canalla magnífico!

PEDRO ARETINO

bajando de la tribuna, tembloroso.

¡Más que al miedo, yo no tengo miedo a nadie!

Risas alegres.

EL ARTISTA

(después de haber ocupado el sitio de Aretino).

¡Ciudadanos! ¡Cuando ví el Juicio Final, caí de rodillas, y bendije a Aquél, que es el Regulador del Mundo, por la sabiduría que tuvo al poner en manos del Maestro su pensamiento divino. El Juicio Final, de Miguel Angel Buonarotti, hermanos, vivirá eternamente. Polvo y tierra será de nosotros, siglos correrán unos tras otros, arrastrando en pós de sí todo lo que vive, respira y sufre, transformándolo en ceniza y humo... más el Juicio Final del divino Maestro continuará viviendo en las almas, mientras que existan almas en la tierra.

VOCES

¡Escuchad... escuchad lo que dice...

EL ARTISTA

¡Grandeza sublime y sublime piedad es el Juicio Final! Una voz poderosa clamando justicia, un alma torturada implorando piedad; eso es el Juicio Final; un volcán apagado por lágrimas: eso es el Juicio Final.

VOCES

¡Viva Miguel Angel Buonarotti! ¡Viva el Maestro, la gloria de Italia!

ULTIMO GRUPO

PRIMER MONJE

La Santa Iglesia Católica puede celebrar con orgullo el triunfo de la justicia en el Juicio Final de Miguel Angel Buonarotti. Los hombres pueden salvarse sólo por las obras y quien no las tiene — perece y está condenado a torturas eternas.

SEGUNDO MONJE

El Juicio Final de Miguel Angel es una obra piadosa... la mano levantada amenazadora de Cristo no caerá para aplastar a los juzgados... encontraron su defensora en la Mater Dolorosa, que implora piedad.

Los hombres no se salvan por las obras, sino por la gracia divina. Para la salvación no se necesita más que la fe.

PRIMER MONJE

Las obras.

SEGUNDO MONJE

La fe.

PRIMER MONJE

Yo me apoyo en el padre de la Iglesia Católica, en San Agustín.

SEGUNDO MONJE

¡Mientes! San Agustín enseña que los hombres se salvan por la gracia.

PRIMER MONJE

¡Por las obras...

TERCER MONJE

¡Callad vosotros! ¡Por la Inquisición se salvará la Humanidad! ¡A aquellos que no tienen fé, Miguel Angel anuncia la proximidad de la Santa Inquisición que acabará con los herejes.

SEGUNDO MONJE

¡Quemándolos vivos!

TERCER MONJE

¡Quemando sus cuerpos y librando sus almas. San Agustín enseñaba...

UNA VOZ DE LA MULTITUD

¡Todo ha terminado! Ya salen del templo ¡Mirad! Allí va el Papa Santísimo rodeado de cardenales y príncipes.

UNA VOZ

¡Dime!, ¿quién está a la derecha del Papa?

OTRA VOZ

¡Es el príncipe de Holanda!

PRIMERA VOZ

¿Y a su izquierda?

LA SEGUNDA VOZ

¡El embajador de España!

PRIMERA VOZ

¿Y Miguel Angel?

VOCES

¿Dónde está Miguel Angel? Queremos ver a Miguel Angel.

UNA VOZ

Mirad... es un hombre bajito, delgado, pobremente vestido... va adelante de todos, tratando de esquivar las miradas, él - el triunfador.

OTRA VOZ

Mirad allá... una pobre mujer vestida de monja... con lágrimas en los ojos... cómo mira al

Maestro... como si lo bendijiera con su mirada, con su mirada de madre.

OTRA VOZ

No puede caminar más. Se apoya en una columna...

OTRA VOZ

¡Yo conozco a esta mujer. La ví y no puedo recordar dónde...

OTRA VOZ

Y yo también...

OTRA VOZ

Y yo...

UNA JOVEN (con alegría)

¡Yo sé dónde... En el fresco de Miguel Angel. Es la Mater Dolorosa que bajó del fresco de Miguel Angel.

UN MENDIGO

¡Es Victoria Colonna.

UNA VOZ

Y el Maestro no la ve... Va siempre adelante y no la ve.

(*se oye un grito de dolor*)

UNA VOZ

Se desmayó. Corred en su socorro...

OTRA VOZ

Y el Maestro sigue adelante y no la ve.

VOCES

¡Victoria Colonna... Socorred a Victoria Colonna.

CUADRO II

Una ancha calle frente al convento de Santa Ana. Centenares de pobres en actitud de orar.

Una voz entre la muchedumbre.

Mater Dolorosa, ten piedad de Victoria Colonna como ella la tuvo de todos nosotros. Aleja de ella la Muerte que amenaza arrebatárnosla. Si la Muerte necesita sus víctimas hénos aquí a todos, dispuestos a dar nuestra vida por ella.

Mater Dolorosa, somos tus hijos, y somos los más miserables de la tierra. Nadie nos quiere en este mundo...

Sólo ella es tan piadosa como tú, en ella a tí te vemos; es nuestra Mater Dolorosa en la tierra, como tú lo eres en los cielos; sálvala, ten piedad de todos nosotros...

VOCES

Sálvale, Mater Dolorosa, ten piedad de todos nosotros.

Una monja baja de las escaleras del templo.

VOCES ANGUSTIOSAS

¿Vive? ¿Está mejor?

LA MONJA

Lucha entre vida y muerte. Sufre horriblemente. He visto, hermanos, muchos sufrimientos, pero tan horribles nunca los ví. Ya es mil veces preferible la muerte. Todos estamos consternados, y más que todos Miguel Angel... Tememos por su juicio... En sus ojos brilla la desesperación y la locura... Rezad, hermanos, rogad por su vida (*vuelve al templo*). *La muchedumbre se arrodilla de nuevo.*

UNA VOZ

Mater Dolorosa, sálvala del sufrimiento y del dolor. Si es inevitable que muera, que no sea su muerte un martirio. Si toda su vida sufría, tiene derecho a una muerte tranquila. Te pedimos justicia. No es justo que el justo se muera entre gemidos y penas. ¡Mater Dolorosa, sálvala del martirio, si es inevitable que muera, que muera en paz!

VOCES

Mater Dolorosa, sálvala del martirio. Si es inevitable que muera, que muera en paz.

UNA VOZ

Llévale, Mater Dolorosa, nuestras bendiciones a través de los muros que no podemos pasar. Llévalas a su lecho de muerte, envuélvala en ellas, y haz que cada herida que ella curaba con sus manos benditas, le sea recompensada por un alivio de sus penas.

VOCES

¡Llévale nuestras bendiciones humildes!

UNA VOZ

Haz una guirnalda de flores y ponla en su lecho. Quítale su corona de espinas y cambiala por nuestra corona de azucenas y de lirios.

UNA VOZ

¡Sé piadosa!

OTRA VOZ

¡Pedimos justicia!

UNA VOZ

¡Toleramos la injusticia humana, a cada paso. Besamos las manos de los que nos oprimen y persiguen, porque somos la piltrafa humana.

Pero ahora, levantamos nuestra protesta en alta

voz, y te rogamos que la lleves hasta el trono del Eterno, y le digas: ¡es injusto!

¡Es injusto que Victoria Colonna muera de una muerte horrible!

VOCES

¡Es injusto! ¡Es injusto!

CUADRO III

El aposento de Victoria Colonna. Horas avanzadas de la noche. Una débil luz ilumina la pieza. Se destacan en medio de la obscuridad: la cama donde está acostada Victoria Colonna, dos figuras de monjas, una figura de un hombre con la cabeza y los codos apoyados en una mesa. Es Miguel Angel.

PRIMERA MONJA

Mis ojos se cierran y no puedo resisitir al cansancio.

SEGUNDA MONJA

Vete a dormir, hermana, velaré sola.

PRIMERA MONJA

(*menea la cabeza*).

Yo no dije que la tentación sea más fuerte que yo.

SEGUNDA MONJA

La naturaleza es poderosa, hermana, y exige sus tributos. Aún aquellos pobres hermanos, que esta-

ban arrodillados frente al convento, rogando al Eterno por la salud de la moribunda, se cansaron por fin, y uno tras otro se fueron a sus hogares, o a los rincones que les sirven de hogares, o a los bancos en la plaza pública donde descansan sus cabezas para reponerse de las fatigas del día... Vete, hermana, acuéstate...

PRIMERA MONJA

¡Cómo envidio a la hermana Victoria!

SEGUNDA MONJA

¿La envidias?... ¿No viste cómo ha sufrido? Recién en las últimas horas se tranquilizó, se serenó su frente, desapareció el sudor que la cubría con gruesas gotas; dibujóse en su semblante una sonrisa, su sonrisa de toda la vida.

PRIMERA MONJA

Le tengo envidia porque ha sido amada... Mucho ha sufrido, pero más aún ha sido amada... Y, hélo a su lado a Miguel Angel, el grande de los grandes, el primer artista del mundo, un rey, un Dios, que está a sus pies como un simple mortal, que gime de dolor cuando oye su gemido, que se ilumina de esperanza, cuando ella suspira, que tiene la muerte en su alma porque ella se muere...

SEGUNDA MONJA

Puede oirte...

PRIMERA MONJA

¡No te preocupes! ¡Su oído no es para nosotras!

SEGUNDA MONJA

Modera tus pasiones, hermana. Estás aún llena de vigor y de vida, no eres nuestra...

PRIMERA MONJA

No, no soy vuestra.

SEGUNDA MONJA

Chist. Tuve la sensación que alguien hablaba...

PRIMERA MONJA

¡No habló nadie más que nosotras...
Estamos aquí: tú, yo, él, la hermana Victoria y la Muerte... Nadie más está entre nosotras.

SEGUNDA MONJA

¿No te parece que la moribunda se ha movido?

PRIMERA MONJA

¡Es el aire fresco que entró por la puerta que movió la vela.

SEGUNDA MONJA

¡Apártala, se apagará!

PRIMERA MONJA

¡De todos modos se apagará!...

SEGUNDA MONJA

Dime, no ves alrededor de la cabeza de la hermana Victoria una guirnalda de azucenas y de lirios?

PRIMERA MONJA (*irónica*)

¿Y qué más? ¿No oyes tu el canto divino de ángeles que están reunidos alrededor de su lecho?

SEGUNDA MONJA

(*menea la cabeza*).

Modérate, hermana, modera tus pasiones, te digo.

PRIMERA MONJA

No veo corona alrededor de su rostro, ni oigo el canto de ángeles que están a su lecho, pero sé que ha sido amada, que nadie ha sido tan amada, como ésta... que se muere...

SEGUNDA MONJA

Creo que ha abierto sus ojos...

PRIMERA MONJA

No...

SEGUNDA MONJA

Tal vez tengas razón... De lejos me parece como si estuviesen abiertos, cuando me acerco veo que están cerrados.

VICTORIA COLONNA

(*en voz muy débil*)

No sé, si sueño o si muero...

Miguel Angel se levanta bruscamente y cae a los pies de Victoria Colonna.

VICTORIA COLONNA

(*cariñosamente a Miguel Angel*)

Dime, caro amigo, si sueño, o si muero...

Miguel Angel, arrodillado, con un sordo llanto esconde su cara.

VICTORIA

(largamente)

Ah...

Se acercan las hermanas.

LA SEGUNDA MONJA

¿Estás mejor, querida hermana?

VICTORIA COLONNA (*sonriendo*)

Gracias, hermana, estoy mucho mejor... Estaba soñando... que muero...

Las dos hermanas se alejan.

VICTORIA COLONNA

(*coloca la mano encima de la cabeza de Miguel Angel*).

¿Por qué lloras tanto? ¿No ves, soy feliz... Te pido un favor... Abre las ventanas... Así, quiero respirar el aire fresco... y ver las estrellas... y el cielo azul, y morirme... descansar por fin...

MIGUEL ÁNGEL

¡No soportaré tu muerte!

VICTORIA COLONNA

Tu camino, amigo querido, no ha terminado aún. Tu estrella es otra... Tu destino es crear...

MIGUEL ÁNGEL

¡No podré sufrir más...

VICTORIA COLONNA

Crear en gemidos... creando sufrir.

MIGUEL ÁNGEL

¡Es superior a mis fuerzas!

VICTORIA COLONNA

Cuando termines el encargo del Papa y levantes un templo tan alto como nadie lo osó antes que tú, entonces mira a las estrellas... tal vez me verás a mí... sonriéndote...

(*pausa*).

Leeme algo de Dante, a quien tanto tú amas...

MIGUEL ÁNGEL

recita

Mi misión cerca de tí ha terminado. He usado en tu provecho todo lo que el ingenio y la ciencia humana ponían a mi disposición.

Te traje de la selva del error y te he puesto en la buena senda; estás fuera de los caminos ásperos y estrechos y el sol bate en tu frente.

De ahora en adelante te guiarás por tí mismo con tu justo criterio, que, libre de vicios y pasiones te será norma segura en todas las circunstancias...

No esperes ya mis enseñanzas, ni mis indicaciones; tu voluntad es libre, recta y sana; y tendrías culpa si no hicieras lo que ella te dicta.

Por lo tanto, desde este momento te hago dueño absoluto de tí mismo. Fueron sus últimas palabras.

Mientras que Miguel Angel lee, Victoria Colonna cierra los ojos. Cuando ha terminado, Victoria lanza un hondo suspiro, el suspiro de la muerte. Miguel

Angel arrodillado cubre sus manos de besos y lágrimas.

La segunda monja se acerca cautelosamente al lecho, se arrodilla, pronunciando:

Todo ha terminado. Victoria Colonna ha muerto.

PRIMERA MONJA (*se arrodilla lentamente*)

Ha muerto, pero sigue viviendo... porque es amada... porque es amada...

FIN

SANDRO BOTICELLI

EDICIÓN DE "NOSOTROS", 1919

JUICIOS DE LA PRENSA EXTRANJERA

REVISTA DO BRASIL. — N.° 54 Junho, 1920. — — **Sandro Botticelli** — Moisés Kantor — Drama em 3 actos de la epoca del Renacimiento — Edição de "Nosotros" — Buenos Aires — 1919.

O volume que traz este título enfeixa mais dois dramas —*Griselda*, lenda dramatica da Edade Media, em um acto e *Noche de Resurrección*, drama em tres actos da epocha moderna.

Sandro Botticelli é sem favor uma obra prima do theatro moderno, não se distanciando della as outras duas, nas quaes o auctor, abordando themas absolutamente diversos, desdobra a sua multipla individualidade. Abeberado, sem duvida, dos bons ensinamentos do theatro classico e de boa philosophia, que em toda a obra se respira, emprehendeu na primeira das tres peças a restauração dos tempos aureos da Renascença, á luz da mais encantadora

perspectiva philosophica. E de que o conseguiu nos assegura logo a primeira leitura. Com admiravel percepção artistica, entrelaçadas as figuras historicas de Alessandro Botticelli e Savonarola, bastante conhecidas cada qual no seu papel tão afastado do outro — mestre da pintura aquelle, prégador e martyr o segundo — como que uma revelação se nos apresenta: — todo o dualismo da edade media em dissolução, trabalhada pelo renascimento da arte pagan sobre os motivos christãos e pelo despertar da razão sobre o abastardamento da fé e dos costumes. Nessa grande moldura, cabendo toda a Renascença, com os seus contrastes, as suas incertezas e desequilibrios, perfeitamente cabe cada um de seus personagens, representação typica, nitidamente acabada, dos elementos sociaes de epoca: Lourenço Medici, o magnifico senhor de Florença, Marcilio Ficino, o philosopho, Benvenuto Gritti, o medico, Fra Mariano, o monge. Franceschina e Mona Giovanna, Nicolo, o rico mercador e amador das bellas artes, o marujo que se vae juntar a Colombo e Paolo Allegri, o domagogo, outros tantos typos, que dão a perfeita caracterisação do tempo. Entre o discipulo de Platão e o physico delineia-se o distanciar da sciencia, desprehendida da especulação metaphysica, mais felizes as duas que a arte e o mysticismo, então e ainda hoje, talvez, conjugadas no substratum em que se fundem os sentimentos humanos. Fra Mariano e Paolo são dois antipodos — o frade hypocrita e o condottieri, democrata em politica e religião, ardente e rebelde, com uma maldição prompta para todos os idolos e um applauso, para toda a bravura.

Manejando tão bello material, Moisés Kantor traça o drama com admiravel penetração. apropriandose dos factos historicos, consorciando-os e levemente corrigindoos. E, assim, o effeito é surprehendente de verdade e de arte. Savonarola rebelado, implacavel como um justo e um illuminado e Botticelli acossado por ideas antagonicos, a sua inspiração com raizes profanas no amor de Giovanna e o

seu sentimento mystico, que o leva ao fanatismo, aos pés de propheta — eis o trama que os conduz a ambos á morte; um á fogueira e o outro ao duplo suicidio, primeiro do artista, pela cremação de suas telas nos autos de fé do reformador dos costumes. depois do proprio homem, incapaz para a vida sem o seu amor e a sua gloria, bem como o artista, sem a paz interior e o anceio para a perfeição.

Por tudo isso, o atticismo da linguagem, a naturalidade das situações. a nenhuma emphase, senão a da acção dramatica e, sobretudo, a força, a vitalidade e o chocante das scenas, algumas dellas magistraes como as do "studio", entre Botticelli e o mercador e, depois, entre o artista e o seu modelo, entre o mesmo e Savonarola, encadeadas seguidamente. com extraordinario poder de contraste. Para citar todas, reproduziriamos o drama, porém, não deixaremos sem menção a scena IV do 3.º acto, notas á margem, pittorescas e profundas, de psychologia infantil, proporcionadas por um grupo de garotos, comparsas obrigados de todas as expansões publica de "piangoni" e de "arrabiati"...

O quadro que nos desenha com summa sobriedade, linhas geraes destacadas, pormenores raros e bem engastados no conjunto é completo e do mais encantador impressionismo. Suggestivo, não ha como não pensar, após a leitura, na immensidade e complexidade da alma humana, descarnada e posta em toda a sua nudez, sobretudo nos periodos de transição qual o dessa esplendida Renascença. tão bella e fortemente reconstituida por esse bello artista que é Moisés Kantor.

* * *

Em *Griselda,* pequena joia literaria, quanta belleza! A lenda medieval do XIII seculo toma, nas mãos deste nietzscheano com tons accentuados de determinista, todas as cambiantes dramaticas de que é capaz um espirito eminentemente creador.

Por sua natureza, mais literario rhetorico que o primei-

ro, é o pequeno drama, por isso mesmo, a pedra de toque do artista, que, aliás, guardando medidas justas, o quanto possivel em obra de pura ficção, attinge o apice da dramaticidade. Mixto de piedade christan, a mais sublime e diluida piedade e da hirsuta rebeldia do super-homem, impiedoso, livre e barbaro em seu requintado orgulho, realisa o mesmo milagre esthetico da dualidade numa alma de nossos dias. E' forte, é impressionante, mesmo cantando, como canta. o amor sobre todas as coisas.

Redacção
(Director de la Revista *Monteiro Lobato*).

REVISTA DO CENTRO POLYMATICO DO RIO GRANDE DO NORTE — Agosto, 1920, Nº 2 — O Theatro de Moysés Kantor.

Em 1916 Moysés Kantor escreveu o seu drama *Noche de Resurrección,* em 1917, o leyenda dramatica *Griselda,* em 1918, o soberbo *Sandro Botticelli.* A victoriosa "*Nosotros*" de Buenos Ayres editou os dramas em 1919, e ao mandal-os para o Brasil, coube a Monteiro Lobato o encargo de os destribuir. Coubeme, por generosidade do estheta, das "Cidades Mortas", um volume de Moysés Kantor. Nelle se enfeixa trez trabalhos para theatro: isto é, para un theatro mais puro, mais alto que o vulgar, requerendo uma iniciação d'espirito para melhor o comprehender e admirar. *Sandro Botticelli* comprova os dizeres de Maeterlinck sobre o drama moderno: "O que. logo a primeira vista parece caracterizar o drama de hoje, é primeiro o enfraquecimento e, por assim dizer, a paralysia progressiva da acção exterior, depois una tendencia muito ardente para penetrar mais fundo na consciencia humana,

e para dedicar uma parte maior aos problemas moraes, e por fim, a procura ainda muito hesitante de uma especie de poezia nova, mais espiritual, mais abstracta que a antiga". Existe neste drama uma prodigalidade de meias-tintas, de tonalidades *exquisses,* de cores desmaiadas e perturbadoras que lembram as linhas impressionantes de Eugene Carrière. Moysés Kantor focaliza o seu Botticelli no seio fulgurante da Florenza de Lorenzo Medici. Certas descripções trazem a lembrança a *Dogaresse* de Heredia, pela maestria com que, profuzamente, flores, rizos e velludos, se espalham e encantam. O *Sandro Botticelli* bem se poderia chamar "a palavra de Savonarola". Esta é uma figura que retém todas as attenções. Existe a magia de sua vida, a sugestão da aua popularidade, a lembrança da sua política, a influencia da sua acção, a recordação da sua intolerancia, o horror do seu supplicio. Savonarola passa pelo *Sandro Botticelli* reunindo todos os olhares, todas as percepções, por que, afinal elle manifesta mais uma vez o seu immenso poderio sobre todos e sobre tudo. Botticelli, no drama de Moysés Kantor, possue o desesperado e infinito amor de Leonardo da Vinci pela sua Mona Lisa Gioconda. Repete-se o eterno cyclo. Mona Giovanna, inspira, prende, é a alma, a vida de Botticelli, sem todavía pertencer-lhe, embora o ame. Sandro se eleva e ascende no meio dos florentinos pela sua magica pintura. A acção de Savonarola, é bem estudada. Jeronimo Savonarola resalta admiravelmente do quadro luminoso da cidade formosa dos Medicis. E' um traço negro, escuro, aspero, irritante, esdruxulo, uma voz quente, alta, clamando erros, propagando crimes, promettendo castigos, fallando do inferno, do fogo, fazendo passar pelo horizonte feerico do Renascimento a sombra atterrradora do Jehová inspirador de Elias e pai d'espirito de João Baptista. O trecho scenico do Carnaval, com as eternas figuras de Columbina e Pierrot, amolda-se perfeitamente ao tumulto desencadeiado pela politica altiva e orgulhosa, intratavel e ariscada de Savo-

narola. Os demais personagens apresentamse como embaixadores da sciencia do seu tempo. Assim, Marsilio Ficino, a philosophia, Benvenuto Gritti a sciencia natural, Marino, a navegação. Frei Mariano, a theologia, Lorenzo Medici, o poder, como Franceschina synthetisa o amor e a volupia, Botticelli, o genio, Giovanna, a loucura apaixonada. O drama, que poderei chamar "symbolico" de Moysés Kantor, se apresenta nas formas palpitantes d'uma obra d'arte. Existe no drama, assim como em todos os outros, defeitos de scena, alguns dados de falsa psychologia, attenuados pela explozão das phrases sonoras e lapidares que brotam dos labios dos interlocutores. Valha a verdade, que homens como Sandro Botticelli, Savonarola, os Medicis, só a epocha anormal da Renascença nos podia dar. Por todo o seculo XV e XVI, os genios surgiam e brilhavam com tanta prodigalidade, quanto hoje é caracterizada pela monotonia unicolôr das nossas individualidades. Parece que a natureza concentrou e escolheu as melhores energias desde a formaçao do espirito, e, naquelles tempos os fez brotar de subito, uns após outros, como n'um canteiro florido que mais flôres apparecem e perfumam. Ariosto, Machiavel, Bempo, Tasso, Donatello, Frei Angelico, Leonardo de Vinci, Raphael, Michel Angelo, Bramante, Cellini, dominavam, como se a Europa fosse um immenso palco, onde os genios reinassem. O proprio Vaticano, a cidade-chefe da religião triste de Jesus Christo, abria as suas portas d'oiro, e o paganismo papal se requintava em Leão X e Julio II.

Moisés Kantor fez o scenario espiritual do seu drama, n'esta epocha, que na phrase de Paul de Saint Victor, o odio, o amor, o ciume, a paz, a guerra, o orgulho, a humildade, o luxo e o ascetismo, se entrechocavam e se enlaçavam, fundindo no meio das chammas das paixões desencontradas, a estatua perfeita, olympica, immortal e serena da Forma Esthetica.

* * *

No *Griselda*, leyenda dramatica, Moysés Kantor synthetisa numa villa italiana no seculo XIII, um mundo de paixões, um vendaval terrivel de espiritos arrebatados. Apparece o el *monstruo*, que o artista não o descreve. Julgo um gigantcsco homem, de forças infinitas, creado nas montanhas, tendo como Deus o seu instincto, e como educação, o seu desejo. O monstro, habitando serras altisimas, que despenhadeiros e vallados defendem, desce as villas circumvisinhas e arrebata nos braços herculeos as mulheres descuidadas. Está esculpida a figura serena e luminosa de um Franciscano. Após uma ultima tentativa do monstro, o frade procura-o no seu covil, palestra, ensina, grandes dialogos relampejam. Vem o amor do monstro á Griselda. Amam-se. A Santa Inquisição condemna-o a morte. Defende-o o padre. Pede que Griselda escolha entre elle e o monstro. o que ha de fugir, de viver. Griselda aponta o monstro que é o seu amor e morre, jurando numa palavra o seu sacrificio. O monstro segue para a fogueira levando no coração a essencia daquelle amor immortal. E' um thema simples, porém, extranho, cheio de meias tintas, de perturbacões, de reticencias, que dolorosamente nos ficam faiscando n'alma. E' preciso uma iniciação espiritual para a melhor comprehensão desta *leyenda* dramatica. Torna-sa uma necessidade que muito se tenha amado para entender, não só a linguagem das estrellas luminosas, mas o amor infinito, o desejo que leva a morte, o amor divino de Quasimodo, o sangue punjante de Michel Angelo ante a bellleza olympica de Victoria Colonna. Volta Eros triumphante a transformar os Deuses em homens, os homens em Deuses. Aqui, de prompto, o monstro se requinta e se torna uma romantica victima das fogueiras inquisitoriaes, e de todo o seu passado terrivel de pilhagens e massacres, o amor o redime e o eternisa, como pela bocca de Jesus Christo, Magdalena se purifica e se eleva.

No *Noche de Resurrección*, o scenario é o mesmo dos livros de Maximo Gorky e Leon Tolstoi. Os Maximos, Andrés. Ivan, os espiões, os carcereiros, as Katias, Irenes, Martas, são de corpo e e espiritu, os Evsei Klimkof, Andrè, Samoilof, Iégor, Rubyne, e as Sophias, Pélagué, centenares de figuras impressionantes que Gorki faz bailar nas suas paginas de sangue e de dor. *Noche de Resurrección* é un drama de critica, de analyse. Una obra sentida, e, escripta annos antes da queda de Nicolau Romanoff, recente-se d'algumas falhas, dando a imagem d'um tzar paciente e amavel, que visita os prisioneiros politicos, os chama "irmãos", falla de sua alma, queixa-se e se desespera. O dramathurgo argentino estudou sentidamente as innumeras facêtas do grande diamante espiritual que é a Vontade, Faz jogar no seu drama a grande variabilidade das nossas impressões. Todos os meritos de Maximo são annullados pela calumnia lançada no seu gesto machinalmente grato de beijar á mão ao Imperador. Foi preciso um sacrificio de vida, para fazer voltar ao antigo nivel o velho conceito que gosava...

O theatro de Moysés Kantor requer um publico culto, illustrado, que se entegre, que se concentre n'uma attenção estudiosa e serena nos assumptos tratados. E' possivel que nas obras do litterato argentino se contem erros, defeitos, emissões e lacunas. Tudo na terra é lacunoso e imperfeito. Ha vinte e cinco seculos antes de Christo jà os preceitos de Ptah-Hotep ensinavam que "as barreiras da arte não são fixas, e nenhum artista possue a perfeição a qu deve aspirar". Assim, todo o talento de Moysés Kantor. não o pode redimir da falibilidade humana de sua obra. A perfeição é intangivel. A sua lucta, a sua tortura, assemelhase a uma escada que se prende a terra e que remonta aos ceus, e quanto mais subimos, mais ella se desdobra, se multiplica e se alonga, infinita, intermina, inaccessivel...

LUIZ DA CAMARA CASCUDO.

REVISTA CASTELLANA — Año V., Noviembre, 1919. Núm. 38. Valladolid. — Moisés Kantor: **Sandro Botticelli. Griselda. Noche de Resurrección.** — Buenos Aires, 1919.

Ters dramas rebosantes de expresión é interés. El autor sabe dar un atractivo misterioso a la acción de sus obras, ya tengan por fondo la Florencia del Renacimiento, ya el Petrogrado de la época actual. Es un gran conocedor de la escena y un gran artista de la palabra.

LA VIE. — 8.. Année. N.° 17. — 15 Octobre, 1919.

...A La Plata, Moisés Kantor, universitaire également, s'est voué au théâtre, et publié des œuvres résolument originales. *Griselda,* légende dramatique, dresse un Mythe nouveau de l'Amour pur et de la Force aveugle. Sandro Botticelli, outre le mérite de reconstituer finement une époque, montre le grand artiste joué par Giovanna qu'il aime, subissant le vertige du mysticisme sombre en écoutant Savonarole, et sommé par ce dernier de détruire lui-même ses toiles glorieuses. Ces ouvrages n'ont rien d'académique et la sobriété de l'exécution leur est commune. Il faut suivre cette floraison nourrie des humanités de la vieille Europa, mais qui s'y complaît avec une neuve ferveur et qui s'en inspire avec une indépendance aisée, imprévue.

M. G.

PEGASO. — Año II, Nº 7, Montevideo. — Enero, 1919.
—**Griselda,** leyenda dramática, por Moisés Kantor.
— La Plata, 1918.

Griselda es una pieza bella y sugerente, que encierra un magnífico símbolo. En esta leyenda aparecen figuras tan opuestas como las que denomina el autor El Monstruo, el Franciscano, La Bruja y Griselda, criatura virginal que transforma, con su amor de mujer, al propio genio maléfico. Revela esta breve producción a un artista y a un infatigable lector. Seduce la galanura de aquel y se impone, en el fluido y esmerado diálogo, el hombre que abrevó en escritos como *"Cántico del Sole"* e *"Il Foco"* de San Francisco de Asis.

V. A. S.

LISTIN DIARIO. — Nº 9111, 2 Octubre 1919. — Santo Domingo.

De alta cultura universitaria. Moisés Kantor es un hombre de ciencia de renombre legítimamente conquistado, que no se desdeña, de cuando en vez, de cultivar con éxito asunto de amena literatura. Desde la floreciente ciudad de La Plata, donde reside, me envía este volumen donde publica tres obras dramáticas suyas. *Sandro Botticelli* es la principal a mi juicio, por más que en ella ni en las otras dos haya la verdadera trama escénica y la creación de caracteres indispensables en toda obra de este género. Estas piezas constituyen como una sucesión de cuadros dramáticos muy bellos y de una fuerza evocatriz innegable. Son más para la lectura que para la representación escénica. Con *Sandro Botticelli* estamos en pleno Renacimiento, en el palacio de Lorenzo de Médicis, donde se habla de todo: de filosofía, de religión, de arte principalmente. Este es un

teatro de ideas. Los personajes aparecen como representación simbólicamente expresiva de formas de vida intelectual radicalmente contradictorias. Marcilio Ficino es el platonismo, la vida pura, el pensamiento cristalizado en una visión intelectual serena, ecuánime y refractaria a pasiones o a sentimientos perturbadores. Savonarola vincula el ascetismo religioso, cruel y fanático, de supina y desbordada intolerancia.

No puede negarse que sea realidad histórica la influencia de Savonarola sobre artista de tan rica sensibilidad como Botticelli. Se explica, en parte, porque en el alma del artista dominan, ocultos, sentimientos que fueron poco a poco despertando al influjo de la voz tonante y amenazadora de aquel monje fanático.

Griselda es también una bella pieza dramática. Pasa en el siglo XIII, en plena época medioeval. El *monstruo* que figura en ella tiene aires muy pronunciados de superhombre nietzcheniano y embalsama estas páginas, con suave y místico aroma, aunque no se le nombra, la seráfica figura de San Francisco de Asís, el Cristo de la Edad Media... *Noche de Resurrección* es un drama moderno en que se describen aspectos muy expresivos y sutiles del terrorismo y del misticismo rusos.

FED. GARCÍA GODOY.





IMPRENTA MERCATALI
AVENIDA ACOYTE 271
BUENOS AIRES

MOISES KANTOR

VICTORIA COLONNA



EDICION DE "NOSOTROS"
BUENOS AIRES
1922